

El Ovenista

La historia de un viajero a Birmania

Capitán Cornelis Stolp

“No olvidemos”

Escritor: Capitán Cornelis Stolp

Diseño de portada: Basado en una idea de Cees Stolp

ISBN: 9789403929880

© Capitán Cornelis Stolp



Nada de esta publicación puede ser publicado o reproducido de ninguna manera sin el permiso previo del editor.

Esta edición internacional de El Ovenista ha sido traducida con la ayuda de herramientas de traducción digital. Aunque se ha procurado preservar el tono, la tensión y la intención de la obra original, pueden persistir pequeñas imperfecciones en la redacción. El autor y el editor no se hacen responsables de posibles errores o inconsistencias lingüísticas.

2e presión

“El perdón es un regalo que te das a ti mismo.”

Desmond Tutu

Prólogo

Desde niño soñaba con Australia. No sé exactamente de dónde nació aquel anhelo. Tal vez se debiera a que el hermano de mi padre, el tío Teun, emigró allí con su familia en los años cincuenta, una decisión que, siendo yo apenas un muchacho, me pareció sencillamente heroica. «Yo también lo haré algún día», le dije una vez a mi madre. Ella sonrió, pero su mirada revelaba algo distinto. Mi madre no era severa, aunque sí una mujer que necesitaba mantener el control de su mundo y, por tanto, también de mí. «Hazlo cuando yo ya no esté», solía decir, fingiendo ligereza. Sin embargo, bajo aquella broma siempre vibraba una nota de seriedad.

Pasaron los años. Yo tenía cuarenta y siete cuando me casé por segunda vez. En un café conocí a Joop, un encantador y algo obstinado amsterdamés, con un brillo en los ojos y un pasado que parecía más grande que la vida misma. Había sido tallador de diamantes y, después de la guerra, había buscado fortuna al otro lado del mundo: en Australia. Aquella noche hablamos como si nos conociéramos desde hacía años. Al despedirnos, dijo:

«Whenever you are in Australia, please be my guest.»

Aquella frase se me quedó grabada. Y así fue como nuestra luna de miel nos llevó a las antípodas, a un país que se sentía a la vez inmenso e íntimo. En la costa, en la casa de Joop en Tweed Heads, me envolvían el aroma de los eucaliptos y el rumor del océano. Era como si recuperara una parte de mí mismo cuya existencia nunca había conocido. Una noche, entre el vino y el silencio, Joop dijo: «¿Por qué no vienes a vivir aquí definitivamente? Mi casa es demasiado grande para un solo hombre».

Fue una invitación pronunciada casi al pasar, pero cambiaría mi vida. A mi madre, que para entonces tenía ochenta y cuatro años, la idea no le hizo ninguna gracia. Jugó con maestría la carta de cuánto me echaría de menos. «No puedo prescindir de ti», dijo. Pero cuando le recordé que llevaba veinticinco años pasando tres meses de cada invierno en Benidorm “veinticinco veces tres meses: setenta y cinco meses, más de seis años”, guardó silencio por un instante.

Luego sonrió y dijo: «Vete, hijo. Pero vuelve de vez en cuando».

Y me fui.

Lo vendimos todo. Cerramos las maletas. Rumbo a Joop, rumbo a lo desconocido.

Compartimos una casa y, con el tiempo, llegaron también las historias. Una noche, Joop me habló de su juventud y de los años crueles que pasó en un campo de prisioneros japonés en Birmania. Sus palabras eran crudas, a veces casi increíbles. Y, sin embargo, hablaba con cierta ligereza, como si intentara envolver su propio pasado en una emocionante novela de aventuras para hacerlo soportable. Aquellas historias permanecieron conmigo. No me soltaron. De vez en cuando escribía algún fragmento de la historia de Joop, sin saber dónde empezar ni dónde terminar. Ahora, veinticinco años después, sentí la necesidad de reunirlos y ponerlos por escrito. No para convertirme en escritor, sino para hacer tangible lo que él vivió: su dolor, su capacidad de resistencia y la ira silenciosa que a veces albergaba contra su pasado.

Este libro es mi intento de dejar constancia de cuánto puede soportar una persona y, aun así, mantenerse en pie. Así nació: de los recuerdos, de la admiración y de la certeza de que algunas vidas merecen no caer en el olvido.

Esta historia ha sido escrita enteramente a mano y desde el corazón. Para su acabado se han utilizado herramientas modernas únicamente como apoyo para mejorar el lenguaje, el ritmo y la legibilidad.

Esta es la historia de Joop.

Pero quizá, de algún modo, también sea la mía.

Cees Stolp

(Las reacciones de los lectores a la primera edición me llevaron a incluir al final de este libro un epílogo personal. En él hablo del origen de esta historia, de las preguntas que me hicieron los lectores y de los recuerdos que no siempre encontraron un lugar en el propio libro).

A modo de introducción

En las tinieblas de las Indias Orientales Neerlandesas durante la Segunda Guerra Mundial, Joop y Hanneke fueron separados por la mano cruel del destino. Los japoneses, que habían invadido el territorio, deportaron a Joop a uno de sus tristemente célebres campos, en lo más profundo de la selva birmana.

Hanneke, desesperada por encontrar la manera de reunirse con su amado, se vio obligada a ocultarse.

Pasaron los años. La guerra terminó... y la liberación trajo consigo tanto esperanza como dolor. Joop, quebrantado por las privaciones sufridas en los campos, buscaba un nuevo comienzo, pero la salud de ambos dejaba mucho que desear.

Joop y Hanneke no estaban curados; apenas conseguían mantenerse en pie. Sus cuerpos aún llevaban la guerra como una segunda piel: delgados, frágiles y sin aliento al menor esfuerzo. Lo que habían soportado se había incrustado en sus huesos, sus pulmones y sus recuerdos. Trabajar era imposible; caminar, apenas. En aquel momento, vivir consistía sobre todo en resistir. Un sanatorio en Suiza quizá pudiera traer alguna mejoría.

Davos no ofrecía curación, sino tan solo un aplazamiento del derrumbe. El sanatorio se alzaba en lo alto de las montañas suizas, donde el aire era tenue y el silencio pesaba a veces más que el ruido. Allí, la esperanza se administraba mediante horarios, horas de reposo y algo que sonaba casi alquímico: inyecciones de oro. Finas agujas introducían una promesa en el cuerpo; no un remedio milagroso, sino un último intento por detener el deterioro. El oro no solo calentaba las venas, sino también la idea de que la recuperación quizá aún fuera posible.

En una pequeña revista del hospital leyeron la noticia que volvería a cambiar el rumbo de sus vidas. Australia. Un país que buscaba trabajadores y ofrecía a las víctimas de la guerra la oportunidad de comenzar de nuevo. Por diez libras, una cantidad poco más que simbólica, era posible hacer la travesía. Se prometían trabajo, sol, espacio y distancia de todo cuanto había quedado destruido.

La reconstrucción de los Países Bajos tras la devastadora Segunda Guerra Mundial avanzó con dificultad y se prolongó durante muchos años. El país había quedado profundamente marcado por la ocupación, los bombardeos y los combates. Las ciudades yacían en ruinas, las infraestructuras estaban destruidas y numerosas familias cargaban con la pérdida de sus seres queridos. Aunque el Gobierno emprendió la recuperación con determinación, las cicatrices de la guerra siguieron siendo visibles durante mucho tiempo en la vida cotidiana.

A los daños materiales se sumaba una escasez persistente. Los alimentos, la ropa y los artículos de uso diario continuaron racionados durante años. La vida se caracterizaba por la austeridad y el ahorro. La gente aprendió a improvisar, reutilizar y compartir para sacar adelante a sus familias. La prosperidad era una promesa para más adelante; sobrevivir tenía prioridad.

La situación se agravaba aún más por una grave falta de viviendas. Muchas casas habían sido destruidas y la construcción de nuevos hogares apenas podía seguir el ritmo del rápido crecimiento demográfico. Los Países Bajos alcanzaron los diez millones de habitantes y el siguiente millón ya se anunciaba. En comparación con otros países de Europa occidental, el territorio estaba cada vez más poblado. Para muchos, el futuro resultaba asfixiante e incierto.

En ese contexto, no sorprende que la emigración fuera objeto de amplios debates y reflexiones. Sobre todo las familias numerosas, los desempleados y los agricultores veían escasas perspectivas en unos Países Bajos superpoblados. Emigrar se consideraba una oportunidad de encontrar espacio, trabajo y seguridad económica; una posibilidad de empezar de nuevo.

También el Gobierno neerlandés reconocía la gravedad de la situación.

Para muchos, todo quedó en una consideración.

Para unos pocos, se hizo realidad.

Y para Joop y Hanneke no era una política ni una estadística, sino la última oportunidad de volver a respirar.

Salida del sanatorio

No fue un plan, sino un reflejo. Un salto hacia delante porque regresar era imposible. Los médicos les advirtieron. Sus cuerpos aún no estaban preparados. El viaje sería duro y la incertidumbre, enorme. Pero Joop y Hanneke habían aprendido que esperar podía ser más peligroso que actuar. Quien permanecía inmóvil demasiado tiempo acababa siendo alcanzado por su pasado.

Partieron en contra de todo buen juicio.

Con una perspectiva esperanzadora y el apoyo del Gobierno, podrían construir una nueva vida en la lejana Australia. Aun así, emprendieron el viaje hacia las llanuras bañadas por el sol del Outback con una mezcla de esperanza y resentimiento.

Lo que siguió no fue una marcha triunfal, sino una dura prueba. Las montañas suizas no se mostraron como un hermoso decorado, sino como un adversario. Estuvieron a punto de caer en manos de traficantes de personas que pretendían enriquecerse a costa de quienes deseaban emigrar a Australia.

Tras una peligrosa aventura, finalmente llegaron a Australia. Al principio intentaron construir una existencia normal con el trabajo y el alojamiento que les ofrecieron. Sin embargo, los recuerdos de los años de guerra y del cautiverio japonés fueron apoderándose cada vez más de ellos. Buscaron refugio en la áspera localidad de Coober Pedy, donde pusieron en marcha un pequeño negocio dedicado a trabajos de metal. Una venganza latente ardía en el alma de Joop, un fuego que parecía elevarse cada vez más cuando contemplaba por la noche las estrellas sobre el desierto.

Una noche, mientras estaban sentados en su vivienda improvisada entre las colinas de Coober Pedy, Joop tuvo una idea extraña. No seguiría siendo un simple obrero dedicado a pequeñas reparaciones. Construyó su propia fragua en el desierto, donde empezó a transformar el metal en formas afiladas y mortales. Poco después amplió el cobertizo con un gran horno: una cámara de fuego. Hanneke vio la oscuridad en sus ojos y comprendió que estaba planeando algo terrible.

Joop comenzó a buscar en secreto a japoneses que, después de la guerra, habían llegado a Australia para construir una nueva vida. Bajo la apariencia de accidentes ocurridos en el remoto Outback, fueron desapareciendo uno tras otro. Dentro de la policía de Australia Meridional comenzaron a circular rumores sobre un fantasma surgido de una antigua guerra, una sombra que atacaba de noche con una hoja calentada al rojo vivo en un horno.

Hanneke intentó detener a Joop, pero él estaba obsesionado.

“Esto es por lo que nos hicieron “ siseó mientras afilaba sus armas bajo el resplandor de la fragua.

El deseo de venganza se apoderó por completo de él. Una noche, cuando la luna colgaba baja sobre las colinas, Joop salió en busca del último japonés de la región, un hombre que había alardeado de sus actos en los campos.

En una confrontación sobrecogedora, entre las sombras de una mina abandonada, Joop encontró a su presa. La lucha fue breve, pero violenta. Cuando regresó a su vivienda subterránea, Hanneke lo esperaba con lágrimas en los ojos.

“Basta “le suplicó.

Pero Joop ya había ido demasiado lejos. Desapareció en la noche y se adentró en el Outback, donde el viento ahogó su grito de venganza.

A la mañana siguiente, Joop había desaparecido. Hanneke lo buscó durante días por el desierto, pero solo encontró una nota en la fragua:

«El fuego purificará a los culpables».

La perseverancia de Hanneke finalmente obtuvo recompensa.

Encontró a Joop consumido y exhausto, tendido entre los cadáveres de animales comestibles que había querido matar, pero no había sido capaz de hacerlo. Para Joop, el deseo de seguir viviendo por su Hanneke resultó decisivo.

Joop dejó caer sus armas y estrechó a Hanneke entre sus brazos.

“Por ti “susurró”. Por nosotros.

Juntos decidieron no olvidar, pero sí dejar de obedecer a los recuerdos de la guerra. Construirían una nueva vida en el Outback, donde el sol volvería a iluminar su amor.

Algunos aseguran que, durante las calurosas noches de Coober Pedy, la sombra de Joop todavía vaga por el desierto: un ovenista de la venganza que sigue cazando los fantasmas del pasado.

Otros dicen haberlos visto juntos, caminando de la mano por el desierto, con un amor más fuerte que nunca, purificados por la prueba de fuego del pasado.

Pero sobre el hallazgo de un gran ópalo estaba lejos de reinar la paz.

Ámsterdam entre 1920 y 1940: una ciudad entre la euforia, la pobreza y la amenaza

Una ciudad que despierta después de la guerra (1918-1923)

Cuando la Primera Guerra Mundial terminó en 1918, los Países Bajos habían logrado mantenerse neutrales, pero Ámsterdam había sufrido profundamente sus consecuencias. La escasez de alimentos, las huelgas, los disturbios y la pobreza habían dejado profundas cicatrices. Sin embargo, inmediatamente después de la guerra se respiraba en las calles un alivio casi incontenible, como si la ciudad se atreviera a reinventarse.

El amsterdamés de los años veinte vivía en un mundo que empezaba a modernizarse con cautela. Se inauguraban nuevos cines, la red de tranvías se ampliaba y los primeros automóviles recorrían las estrechas calles con el estruendo de extrañas bestias metálicas. Era una época en la que la gente ansiaba entretenimiento y ligereza. Los cabarés, los salones de baile y teatros como el Carré y el Rembrandt vivieron sus años de esplendor.

Al mismo tiempo, Ámsterdam continuaba siendo una ciudad marcada por profundos contrastes sociales. La clase trabajadora vivía hacinada en pequeños pisos superiores de la Jordaan, la Staatsliedenbuurt o las islas orientales. La clase media poblaba los barrios situados alrededor de Ferdinand Bolstraat, Haarlemmerdijk y Rivierenbuurt. Quienes disfrutaban de una posición acomodada “diamantistas, ricos comerciantes y empresarios de éxito” residían en elegantes mansiones de Apollolaan o en las inmediaciones de Museumplein.

La ciudad crecía a una velocidad vertiginosa y, con ese crecimiento, apareció también una nueva forma de energía.

Los felices años veinte al estilo de Ámsterdam

Los años veinte fueron conocidos internacionalmente como los *Roaring Twenties*: jazz, charleston y prosperidad económica.

Ámsterdam tuvo su propia versión, aunque más modesta. En el club nocturno De Kring, la élite cultural bailaba al ritmo de la nueva música estadounidense, mientras que en los barrios abundaban los cafés llenos de humo, música de acordeón e historias exageradas.

Para muchos jóvenes, aquella época se sentía ligera y libre. Había más oportunidades de trabajo, las mujeres empezaban a disfrutar de una mayor libertad y el cine se convirtió en el nuevo entretenimiento popular. El Teatro Tuschinski, inaugurado en 1921, se transformó en la catedral de aquella nueva era: resplandeciente, exótico y evocador, un lugar donde el amsterdamés corriente podía sentirse durante unas horas ciudadano del mundo.

Sin embargo, no todo era fiesta. La pobreza persistía con obstinación. Muchas familias trabajadoras vivían con diez o más personas en pequeñas viviendas húmedas, donde la luz de gas apenas conseguía disipar las sombras. Las autoridades municipales luchaban contra la escasez de viviendas, las deficientes condiciones sanitarias y enfermedades como la tuberculosis. Pero la construcción de nuevos barrios “las ciudades jardín del norte, Indische Buurt y, más adelante, Rivierenbuurt” ofrecía un atisbo de un futuro mejor.

El golpe de la crisis (1930-1935)

La crisis económica mundial de 1929 alcanzó Ámsterdam a comienzos de los años treinta con una lentitud despiadada. Las fábricas cerraron, el transporte marítimo disminuyó y la industria del diamante, orgullo de la ciudad durante siglos, se derrumbó casi por completo. Aproximadamente el setenta por ciento de los trabajadores del diamante perdió su empleo. Fue un golpe que afectó especialmente a la comunidad judía, ampliamente representada en aquel sector.

El desempleo se convirtió por sí solo en parte del paisaje urbano. Había largas colas ante las oficinas de empleo y hombres con gorra, las manos cruzadas a la espalda, que deambulaban por Entrepotdok, Plantage o Dapperbuurt buscando cualquier cosa que se pareciera a un trabajo. Los barrios pobres se hundieron aún más en la miseria. Las ayudas económicas tardaban en llegar e iban acompañadas de controles humillantes. En los barrios populares se escuchaba cada vez más frustración, aunque la gente continuaba apoyándose mediante el humor, la solidaridad y la música.

La ciudad se volvió más sombría. En los escaparates había menos artículos de lujo, los cafés estaban más tranquilos y el tono de los periódicos se tornaba cada vez más inquietante. Aun así, los habitantes de Ámsterdam seguían siendo optimistas tenaces.

“Ya volverán los buenos tiempos “se decía con frecuencia, aunque cada vez más acompañado de un suspiro.

Barrios llenos de vida y cultura

A pesar de las dificultades, los barrios siguieron rebosando vida. Ámsterdam era un mosaico de vecindarios reconocibles, casi aldeas dentro de la ciudad.

La Jordaan

Llena de música de acordeón, tabernas, vendedores ambulantes, pobreza y calidez. Un barrio donde todos se conocían y donde, durante el verano, las aceras se convertían en una prolongación de las salas de estar.

El barrio judío alrededor de Waterlooplein y Rapenburg

Un barrio animado y densamente poblado, lleno de comerciantes, trabajadores del diamante, mercaderes, sinagogas y niños que corrían por sus estrechos callejones. Los gritos en yidis, la jerga callejera neerlandesa y las plegarias hebreas se mezclaban hasta formar la esencia única de aquel rincón de la ciudad.

Zeedijk y las calles circundantes

Un entorno áspero, colorido e internacional. Lleno de tabernas de marineros, fumaderos de opio, hombres de mar y mujeres de vida alegre, pero también de música e historias.

Nieuw-Zuid y Apollobuurt

Elegantes, nuevos y espaciosos. El lugar donde la arquitectura y la modernidad se unían, un mundo completamente alejado del hacinamiento que dominaba otras zonas de la ciudad.

Esta diversidad convirtió Ámsterdam en una ciudad donde los extremos convivían: grandiosa y pequeña, rica y pobre, devota y rebelde.

El avance de la amenaza (1935-1940)

A partir de mediados de los años treinta, el ambiente en Europa comenzó a cambiar. En los cafés se hablaba cada vez más de Alemania, de Hitler, de las medidas contra los judíos y del rearme. En Ámsterdam, muchas personas sentían una inquietud creciente, aunque se aferraban a la idea de que los Países Bajos permanecerían neutrales, como durante la guerra anterior.

Sin embargo, los cambios eran perceptibles. Empezaron a llegar refugiados judíos procedentes de Alemania. Pálidos, agotados y, a menudo, sin apenas posesiones. Llegaban a una ciudad que los acogía, pero que también luchaba contra la pobreza.

El NSB, el Movimiento Nacionalsocialista neerlandés, se hizo cada vez más visible, sobre todo en los barrios con un elevado desempleo. Grupos que desfilaban, panfletos y tensos enfrentamientos en las plazas.

El Ayuntamiento invirtió en campos de fútbol, programas juveniles y grandes proyectos de empleo público, en parte para combatir la radicalización.

Pero, por encima de todo, una inquietante tensión se extendía sobre la ciudad. Aún no siempre podía verse en las calles, pero sí se percibía en las conversaciones. Era como si algo estuviera acercándose.

Cuando la guerra estalló en Europa en septiembre de 1939, los Países Bajos mantuvieron oficialmente su neutralidad. Sin embargo, Ámsterdam se volvió más silenciosa y cautelosa. Por las noches, la ciudad quedaba a oscuras. Se construyeron refugios antiaéreos y los periódicos se llenaron de noticias sobre la guerra. Muchos habitantes de Ámsterdam vivían con un nudo en el estómago. Y, pese a todo, la vida continuaba. Los tranvías seguían haciendo sonar sus campanas. Los mercados permanecían abiertos. En la plaza Dam, las palomas aparecían en las fotografías de las parejas enamoradas. La gente reía, se casaba, trabajaba y hacía planes para el futuro.

Hasta aquella mañana de mayo de 1940, cuando el rugido de los aviones alemanes despertó violentamente a la ciudad y obligó a Ámsterdam a tomar para siempre un rumbo diferente.

Ámsterdam, 1925

El aroma del café recién molido y el sonido lejano de un saxofón llenaban las estrechas calles del barrio de los diamantes. Joop Poot caminaba junto al agua con su amigo Ben Cohen. Sus sombras se alargaban bajo la luz del atardecer. Acababan de ensayar con su pequeño conjunto de jazz y los dedos de Joop todavía conservaban el hormigueo de las últimas notas que había interpretado. El saxofón era como una prolongación de su propio cuerpo, como si la música fuera su verdadero idioma.

Joop y Ben tocaban juntos en un grupo de jazz. Joop tenía una habilidad natural para el saxofón. Por su aspecto, a menudo se daba por supuesto que era de origen judío. Llevaba años siendo amigo de Ben, cuyo padre era diamantista en Ámsterdam. Probablemente aquella amistad ayudó a que pudiera formarse como tallador de diamantes y consiguiera trabajo en la empresa del padre de Ben. En cierta ocasión, Joop tuvo alguna relación con el Koh-i-Noor, también llamado Kohinoor, un diamante procedente de la India que entonces pesaba unos 109 quilates. Prefería no explicar qué había sucedido exactamente.

Dentro de su familia, Joop siempre había sentido que era diferente de sus dos hermanos y de su hermana. Descubrió que aquel presentimiento no lo había engañado cuando fue convocado para el reconocimiento médico del servicio militar. Allí supo que su apellido no era Poot, sino Zimmermann. Su madre nunca le había hablado de ello.

Durante la Primera Guerra Mundial había mantenido una relación con un soldado alemán. Después de que este muriera en circunstancias inexplicables, ella regresó a los Países Bajos y contrajo matrimonio con Herman Jan Poot, con quien tuvo otros tres hijos.

Joop quedó profundamente conmocionado al descubrir que su madre se lo había ocultado y que debía enterarse de aquella forma. Más tarde hizo que eliminaran una de las dos letras finales de su apellido y pasó a llamarse Zimmerman.

En el ejército, Joop recibió una exigente formación en el Cuerpo de Infantería de Marina. Su hermano Chris ya servía en las fuerzas armadas de las Indias Orientales Neerlandesas como director de

una banda militar. Vivía en Java y estaba casado con una hermosa mujer indonesia.

En el mismo periodo en que Joop fue destinado a servir con la Marina en las Indias Occidentales, recibió un telegrama de su hermano Chris. Le preguntaba si podía trasladarse a Indonesia. El padre de su esposa había fallecido y había dejado una tienda de bicicletas y una joyería. Chris podía vender la tienda de bicicletas, pero, como Joop tenía experiencia con piedras preciosas, la joyería podía ofrecerle un buen comienzo.

Joop solicitó a sus superiores que cambiaran su destino en las Indias Occidentales por otro en las Indias Orientales. La petición fue aprobada y partió hacia un campamento militar neerlandés en Java. Debido a sus obligaciones y actividades militares, Joop no podía encargarse por completo de la joyería. Entretanto había iniciado una relación con una joven de La Haya que trabajaba para una tía en una pequeña tienda de pinturas y papel pintado. Hanneke era una holandesa llamativamente encantadora entre las hermosas y frágiles mujeres nativas.

Joop consiguió convencerla para que dirigiera la joyería mientras él cumplía con sus obligaciones militares. Había causado una excelente impresión entre sus superiores gracias a su trabajo como artillero a bordo de un Catalina, un hidroavión conocido también como *Cat*. Estos aparatos se utilizaban para misiones de reconocimiento, protección de convoyes, rescate de náufragos y transporte de soldados, familiares y mercancías.

Como auténtico amsterdams, Joop se había ganado también la simpatía de las esposas de sus superiores llevándoles de vez en cuando alguna pequeña joya brillante de la tienda. Joop se casó con Hanneke y ambos se instalaron en la vivienda situada encima del establecimiento.

Las Indias Orientales Neerlandesas

Una colonia en aparente calma

En 1935, las Indias Orientales Neerlandesas todavía eran una colonia estrictamente organizada. Batavia, Surabaya y Bandung prosperaban gracias al café, el azúcar, el caucho, el petróleo y el estaño. Para los europeos, la vida era cómoda: clubes, plantaciones y sociedades exclusivas. Para la población indonesia, la realidad era muy diferente: escasa influencia política, salarios bajos y una jerarquía rígida.

El movimiento nacionalista, sin embargo, seguía creciendo. Figuras como Soekarno eran vigiladas estrechamente. La administración colonial subestimaba la profundidad del anhelo de independencia. Pero la amenaza no procedía únicamente del interior. Japón contemplaba el Sudeste Asiático con creciente ambición.

La ocupación japonesa

En marzo de 1942, el Real Ejército de las Indias Orientales Neerlandesas capituló. Japón ocupó el archipiélago a una velocidad vertiginosa.

Para los neerlandeses y los indoeuropeos llegó el internamiento: campos de prisioneros, hambre y trabajos forzados.

Al principio, muchos indonesios consideraron a Japón un libertador bajo el lema *Asia para los asiáticos*. Sin embargo, pronto quedó claro que se trataba de una ocupación extremadamente brutal.

La tristemente célebre línea ferroviaria de Birmania costó decenas de miles de vidas. También en las propias Indias murieron innumerables personas como consecuencia de los trabajos forzados de los *romusha*, el hambre y la violencia.

Japón armó y entrenó a jóvenes indonesios. Sin pretenderlo, sembró así la semilla de un futuro ejército independentista.

Libertad y caos

Bersiap significa «estad preparados» y hace referencia al violento periodo que comenzó en las antiguas Indias Orientales Neerlandesas inmediatamente después de la ocupación japonesa, durante los primeros momentos de la lucha por la independencia de Indonesia.

Estad preparados

El 17 de agosto de 1945, Soekarno proclamó la independencia.

Pero la libertad no llegó de manera ordenada.

Estalló el Bersiap. Jóvenes revolucionarios se volvieron contra todo lo que consideraban colonial: neerlandeses, indoeuropeos y chinos.

Se produjeron asesinatos, saqueos y una oleada de miedo.

Para muchas personas fue como si el mundo se hubiera desmoronado por completo. La realidad anterior a la guerra había dejado de existir.

Las acciones policiales

Los Países Bajos intentaron restablecer su dominio colonial mediante dos campañas militares, denominadas eufemísticamente *acciones policiales*.

Las críticas internacionales aumentaron. Los Estados Unidos y las Naciones Unidas ejercieron una presión creciente.

La autoridad moral había desaparecido. El imperio estaba demasiado agotado, demasiado empobrecido y había reaccionado demasiado tarde.

El final de una época

En 1949, los Países Bajos reconocieron la independencia de Indonesia.

En 1950, las Indias Orientales Neerlandesas dejaron definitivamente de existir.

Cientos de miles de personas partieron hacia los Países Bajos, Australia y otros lugares. Se llevaron consigo recuerdos del sol tropical, de la guerra, de las pérdidas, de la lealtad y de las promesas incumplidas.

El periodo comprendido entre 1935 y 1950 marcó la transformación de una colonia segura de sí misma en una nación independiente, a través de la guerra, la ocupación, la violencia y la despedida.

Surabaya, 1942-1945

La ocupación japonesa

En 1942, Surabaya cayó en manos japonesas sin una batalla prolongada. La bandera neerlandesa fue arriada. El mundo cambió de rumbo.

En los *kampongs*, la gente dormía con inquietud. Demasiadas personas, demasiado poco espacio. Los jóvenes ya no soñaban con servir, sino con liberarse. Hablaban en voz baja porque las palabras podían resultar peligrosas. La libertad todavía no tenía allí una forma definida; apenas era una sombra.

Cuando la guerra se acercó, el aire cambió. No se volvió más cálido, sino más pesado. Aparecieron soldados, las puertas del puerto cerraban más temprano y los barcos permanecían inmóviles durante más tiempo. El mar ya no traía tranquilidad, sino únicamente rumores. Y entonces, en 1942, llegó el silencio. El silencio de una bandera que es arriada.

Los japoneses tomaron la ciudad sin demasiadas ceremonias. El poder cambió de manos, pero no de rostro: siguió siendo implacable. Las mujeres aprendieron a callar. Los niños aprendieron a reconocer el hambre por el sonido de sus propios estómagos. La ciudad se encogió. Lo que antes había sido comercio se convirtió en supervivencia.

Los hombres europeos desaparecieron en campos de internamiento. Las mujeres y los niños vivían dominados por el miedo y el hambre, y aprendieron también a reconocerla por el sonido de sus propios vientres.

Los indonesios fueron reclutados para realizar trabajos forzados como *romusha*. La humillación pública, la escasez y la violencia se convirtieron en parte de la vida cotidiana.

La ciudad se empobreció rápidamente. Donde antes había prosperado el comercio, reinaba ahora el silencio. Los edificios se deterioraban, los alimentos escaseaban y la confianza desaparecía. Sin embargo, la propaganda japonesa alimentó involuntariamente la idea de una Indonesia independiente.

Surabaya se volvió gris. No por el humo, sino por el miedo. Los edificios seguían en pie, pero parecían mirar de otra manera. Los ojos que observaban desde las ventanas ya no se atrevían a